

Abrese el BAZAR a las 9 mañana.
Cérrase a las 18:00 noche.

Año XXXVI

1.º

JUEVES

1892.—Se publica el primer número de este periódico.

Para los forasteros. S. Bienvenido.

El Bazar Murciano

EN MURCIA: Platería, 66 y 68 — CASA EN CARTAGENA: Mayor, 33 —
ECO DE LOS ESTABLECIMIENTOS DE SU NOMBRE
DIRECTOR PROPIETARIO: Ricardo Blázquez

POR MURCIA

¿Quién, que la conozca, deja de alabar efusiva y ardientemente a la hermosa región murciana? Sus campos prósperos y ricos, su cielo azul y risueño, la gracia gentil y característica de sus moradores, abonan la fama de que disfruta y merece. Hace muchos años, los de mi juventud, tuve ocasión de recorrer y admirar, tierras fecundas y prósperas; ciudades donde se juntan la belleza natural, con la facilitada por el arte. Pasaron aquellos tiempos y ahora, al sentirme viejo, la impresión lejána se reproduce. ¡Campos encantados, vegas espléndidas, exuberantes, rincones poéticos, edificios donde se reúnen el abolengo histórico y la perfección de la raza; cuantas veces tuve ocasión de contemplarlos, otras tantas sentí emoción profunda!

Hay en Murcia tanto digno de admirar, por tan diversos motivos, se sienten agitaciones acariciadoras, que un pase por aquella *tierrécica* conforta la vez el cuerpo y el alma, representa salud física y del espíritu. Aires emalsamados de las flores, producen deleite y sensaciones profundas del alma, parecen dirigirle a la altura. Por eso, tengo siempre de Murcia impresiones gratas; evoco las juveniles y de la madurez, pues las causadas por los muchos años, no se mezclan con las procedentes de lugares, donde disfrutándolos, espectáculos magníficos en que se manifiesta esplendorosa la Naturaleza y se siente la infinita bondad de Dios. ¡Murcia, seductora, atractiva, riante, bendita seas!

J. FRANCO RODRIGUEZ.

NIÑERÍAS

Niños ante un anuncio
somos en el Bazar.

Ilusión desdoblada
en múltiple espiral,
indecisión femenina,
caprichosa ansiedad,
inconcreto deleite,
vagaroso rielar
de mallas que fascinan
queriendo aprisionar
indefinidamente
nuestra perplejidad...

Niños ante el acuario
nos sentiremos siempre en el Bazar!

El Príncipe Miguel, con
buenos cinco años, al
recientemente designa-
do para la Corona de Ru-
mania.

—Pero ¿Podré seguir ju-
gado también, como has-
ta ahora?...

...es, señor... Este era un niño
que hubo de cargar, por ley,
sobre su infantil aliño
el grave manto de Rey.

Y con su ingénuo temor
que mueve a reír y llorar,
lizo, en frase de candor,
El poema del Bazar.

ANDRÉS SOBEJANO.

RETRATO, POR LUIS GIL DE VICARIO

Hé, aquí, un tipo de mujer cálidamente moreno y españolísimo. Sus líneas de belleza cumbre, sensuales y firmes, musitan cariños y encienden pasiones. Os recuerdan, también, las eternas diosas paganas y altivas de viejos y desaparecidos cultos mediterráneos.

Estátua de carne joven, que anima el fuego de lo inmortal, surgió en las Aguas de la Cultura, al fundirse el azul latino en perlas de espuma.

Caricias de sol han bronceado su figura esbeltísima de venus helénica, mórbi-



LUIS GIL DE VICARIO

Por pura cortesía

A este Sanatorio donde alegre paso los dulces y ardientes días de verano. llega a mi la carta que todos los años me dirigen Blázquez y Gil de Vicario pidiéndome que honre con algún trabajo las amenas páginas de *El Bazar Murciano*.

Favor tan pequeño no puedo negarlo y menos tratándose de dos ciudadanos tan afectuosos y bien educados; pero ¿qué les digo, ¡voto a cien mil diablos!?

Bajo las caricias del sol valenciano si es cierto que curo de mis resfriados, no es ¡ay! menos cierto ni menos exacto que sudo a torrentes y que me achicharro; que no tengo gana de empuñar el *cálamo* y que en una hamaca siempre recostado,

da y juncal.

Sus ojos adormecidos en visiones de maravilla, riman con los labios de sangre de claveles españoles ese eterno poema humano que se titula «AMOR».

Suponed, ahora, encuadrado el rostro oriental de esta mujer en los rodeos de oro del tocado litúrgico de las sacerdotisas ibéricas, y veréis surgir el milagro vivo de otra Dama de Elche.

Ese delicioso icono inicial a que podemos referir toda cabeza de mujer levantina,

ni pienso, ni rimo,
ni escribo, ni canto.

Así, pues, confórmense Blázquez y Vicario en que en vez de coplas les mande un abrazo y que me despida hasta el próximo año de los suscriptores de *El Bazar Murciano*

MARCIANO ZURITA.

Sanatorio de la Malvarrosa (Valencia)
Agosto 1927.

Lo que no se vende en el Bazar Murciano

Con acierto soberano de selecta calidad, ofrece el Bazar Murciano lo apetecible en lo humano: lujo, primor, variedad.

Caprichos de fantasía, objetos de gran valor, las novedades del día... todo está allí (¡no se fía!) a merced del comprador.

Pero hay algo singular, que ni el grande ni el pequeño consiguen nunca comprar: la gran joya del Bazar, ¡el corazón de su dueño!

M. R. BLANCO-BELMONTE.

1927

El niño y el hombre

Todo está en crisis se afirma—: la sociología, el arte, nuestra misma civilización... Sí; pero hay otra cosa que también está en crisis: los juguetes.

Lo pienso siempre que paso revista a los escaparates de un bazar, y no me extrañaría nada que un día presenciásemos una imponente manifestación de chiquillos, en protesta contra la escasa facundia de los hombres encargados de suministrarles juguetes.

Hace nada más que un puñado de años, la infancia disfrutaba de una vida maravillosa.

Ella tenía cuanto los hombres no podían tener aun. En su fantasía se realizaban todos los prodigios soñados sin esperanza por las «personas mayores». En sus caballos de cartón recorrían los espacios más velozmente que el duque Astolfo sobre el Hipógrifo, y sus sables descabezaban gigantes imaginarios en el vulgar pasillo de su casa, que poblaban de misterios y hacían—sólo con pensarlo—largo y ancho y profundo como una selva.

Un niño era más feliz que un hombre, porque vivía—aunque en sueños—una vida maravillosa: la de sus libros de cuentos de hadas.

Pero los niños de hoy no son sino unos infelices. Los hombres son ahora los que realizan los prodigios que eran en su infancia una fantasía. Vuelan de un continente a otro continente en unas cuantas horas, se remontan sobre las nubes, oyen en sus casas de Europa la música que suena en América, viajan por la profundidad de los mares, proyectan sombras vivas sobre las pantallas de sus «cines»... Los seres de la fábula han sido superados por la realidad. El «roc» gigantesco que transportó por los aires al osado Simbad, es un avechucho al lado del avión de Chamberlin. El «árbol que canta» y el «pájaro que habla», ni cantaba, ni hablaba tan milagrosa y perfectamente como el simple embudo de ebonita de un altavoz radicelefonico; y un operador cinematográfico oculto en su cabina puede hacernos asistir a más prodigios que todas las hadas de antaño.

En cuanto a la espada de los caballeros que decapitaban gigantes, ya no sirve en las hazañas modernas. Una simple nube de gases asfixiantes es más eficaz.

¿Cómo puede el niño superar estas realidades? ¿Qué nuevas fantasías alcanzará a crear?

A los niños de hoy solo les resta un anhelo, para gozar esa vida nueva maravillosa que ellos aman; el de llegar a ser hombres: Entonces tendrán la varita mágica que antes no manejaban más que los niños.

W. FERNÁNDEZ-FLOREZ

Madrid.

Murcia o la "otra ciudad"

Para Ricardo Blázquez
y su "Bazar Murciano"

En el mapa de todos los días, quizá es Murcia la «otra ciudad», esa que nos atrae y hasta nos llama desde su lejanía con los dedos de las palmeras.

Porque todas las mañanas, antes de enfrentarnos con el día inédito, se piensa un poco en la otra ciudad, en la ciudad imaginada a la que nos gustaría encontrar al salir a la calle. Y esta ciudad es un poco colonial, y muy perdida en la distancia. Y tiene una catedral de torre plateresca, y unas azoteas llenas de alegría. Y hasta unas rizadas huertas que salen al camino, más frescas y peinadas que nunca, por recibir nuestra visita.

—¿Qué ciudad es esta que me espera?, se dice uno todos los días, al encontrarse con su voz nueva.

Pero no se acierta jamás con su nombre, diluido por el cielo castellano que —como un pájaro— nos la ha traído.

«Ciudad de sol lejano, de aire caliente, de calles exultantes». Y pensando en ella nos sumergimos en el mar espeso y diario—calle jubilosa de bocinas, desde la que seguimos oteando la ciudad perdida con el periscopio de nuestra imaginación.

Solo de vez en cuando creemos haber rasgado por fin el velo de enlutada en que se desenvuelve. Unas veces es de Galicia, otras de América, otras de Andalucía. ¡Siempre lejana y perdida!

Por eso esta mañana, al bajar la escalera del día nuevo con gesto de buzo que se interna en su mar laborioso, hemos creído dar con su paradero, simplemente por recibir una carta de Murcia. Quizá es esta la ciudad imaginada, la «otra ciudad» un poco colonial, de torres platerescas y calles enjalbegas de sol. Quizá son sus palmeras y su aire quieto de Mediterráneo los que nos llaman a través de la distancia.

EDUARDO DE ONTAÑÓN.

Castilla, agosto de 1927

Belmonte dá una verónica

En la taza
de la plaza
se vierte del sol el oro;
al caer moja la piel,
—cobre de leono—, del toro,
de un brochazo de charol;
temblando en cada cairel
queda una gota de sol.

Con dinámica bravía
de una vieja estampa ibera,
Belmonte junto a la fiera
traza su geometría
torera.

Seda y oro
falena imantada al toro,
cuyo capote por ala
apuñala.
Pasa de la cuerna al bote
bajo el palio del capote.

Breve y brujo
su zapato,
deja en la arena el dibujo
de la castiza faena;
él, sereno,
vá, —mínimo garabato—,
administrando el terreno.

Emoción,
noble línea de escultura
cuando afla en la cintura
las agujas el pitón,
se crispa en la tela el puño
y el recio perfil de eño
pronuncia más el mentón.

Acorta terreno el pié,
y como pasa
se vé,
al dar la testa el hachazo
del toro la enorme masa
bajo la estriba del brazo...
al pasar
se advierte que
roza el cuerno el alamar,
¡Ooo...lé!..

ANTONIO MARTÍN MAYOR

Al espejo de Murcia

Tiene la vega murciana,
por su beldad soberana
del Paraiso reflejo,
para copiar su hermosura
un espejo
en las aguas del Segura.

Espejo azul, movedizo,
que, reflejando el hechizo
de las huertas de la vega,
canta, mientras las retrata
y las riega,
siendo ceñidor de plata
que a sus curvas se dobla.

Segura, espejo murciano,
tú, que copias soberano
en tu cristal transparente
y azul, como el puro cielo,
los azahares del velo
de su frente;

y sus rojos clavelones
que fingen grandes heridas;
y los dorados limones,
ascuas de oro encendidas;
sus alcóres; sus barracas
y sus fuentes;

sus jazmineros olientes,
sus «cherricas» y sus jacas;
al copiar la donosura,
la femenil gentileza
de Murcia, la Todapura,
en su trono de realeza,
cantas, pío,
encantos que la fé explica:
su valor, sereno y frío;
su amor por la Fuensantica.

Río, gentil trovador
de una princesa cristiana
por su amor,
que es a la par, musulmana
por su riqueza y honor;
río, tus aguas troveras,
cantas las huertas hermosas
que alfombra un tapiz de rosas
y ensombrecen las moreras;
río, que vas hacia el mar
tan ahito de belleza
singular

que agotas la gentileza
en tu constante cantar;
río «Mestre» en «Gay Saber»
siempre jóven, siendo viejo,
tú cantas a la mujer
murciana, y eres su espejo.

Espejo de Murcia eres
y su belleza asegura,
la del canto que profleres...
Tú, Segura

río que vas a morir
a una playa levantina,
no te olvides de decir
en tu canción peregrina,
que termina tu existir
en la mar alicantina.

De Orihuela a Guardamar
sé cantor fiel y constante,
de la belleza sin par
de Alicante.

Ya que eres el fiel reflejo
de la belleza murciana
y su espejo
rutitante,
¡no te olvides de su hermana!
¡no te olvides de Alicante!

RODOLFO DE SALAZAR.

Madrid, agosto 1927.

Los juegos de ahora

Sobre la mesa del comedor, mi hijo, con un *meccano* adquirido en el Bazar Murciano, va haciendo maravillosas construcciones. Ahora es una grúa que funciona admirablemente, luego un automóvil, más tarde un enorme camión. No construye solo los objetos que figuran en el modelo que acompaña al juguete; su fantasía le dicta otros, y con mano segura engarza piezas, pone tornillos, combina los movimientos y un grito de júbilo escapa de su garganta cuando ve realizada una idea que él califica, con ese achulado lenguaje moderno, de *cañón*.

Yo contemplo con cierta admiración al chico recordando aquellos juguetes con que nos divertíamos los muchachos de mis tiempos. Eran entonces los caballos de cartón, la trompa marina, el casco de plumas y la espada reluciente de general. Entonces jugábamos los chicos a divertirnos; ahora juegan a instruirse.

La industria de juguetes ha tenido un avance prodigioso, y ahora, en un Bazar, los grandes gozamos tanto como los pequeños, y ante algunas de las produccio-

nes maravillosas de la industria alemana, por ejemplo, nos pondríamos a jugar como en aquellos lejanos años de la infancia.

Automóviles en miniatura en los que se puede viajar cómodamente; trenes eléctricos que pasan puentes, salvan abismos y cruzan túneles; muñecos que hablan, andan y viven; aparatos de telefonía sin hilos; cines; construcciones de ingeniería. Todos estos juguetes despiertan hoy la inteligencia de los niños en un sentido positivamente educativo. Y cuando dejan esos entretenimientos en los que ponen a contribución su inventiva, cultivando su inteligencia, toman el balón y fortalecen sus músculos. En sus reuniones discuten sobre el dominio de Uzcudum, examinan las paradas de Zamora, hablan de las marcas de automóviles y de la categoría de sus piezas, se entusiasman ante las hazañas de Franco, de Lindbergh y Chamberlin, relatan gestos de Valentino y de Harold, y no tienen idea de lo que es un rigodón, encanto de nuestros años mozos, ni saben cómo se pone un par de banderillas al sesgo.

Mi chico acaba de construir un estúpido avión con su *meccano* y después me ha explicado, punto por punto, todas las etapas de su *raid* entre Madrid y Nueva York. Sobresaliente en construcciones y en Geografía.

En *pattinete*, un juguete de niño, acababan de realizar un viaje entre Zaragoza y Madrid unos periodistas aragoneses.

Y es que los hombres juegan hoy como los chicos, y sin darle importancia, tomándolo casi a juego, vienen realizando las más asombrosas empresas que registra la historia de la Humanidad.

Los niños de hoy, con esos juegos modernos, se preparan reciamente de inteligencia y de cuerpo para hacerse los luchadores del mañana, y superándose en hazañas prodigiosas, dar nuevos impulsos a esta vida moderna en la que todo aparece dominado por la enérgica voluntad del hombre.

VERETER.

Madrid-Agosto-1927.

DE MI GUITARRA

Para Ricardo Blázquez

I

Para Catedral, Toledo;
para turrón Alicante;
Aranjuez para la fresa;
¡Para Bazar el de Blázquez!

II

Al aparador de Blázquez
no le falta un requisito,
pues, por verlo, a todas horas
se asoman rostros bonitos.

III

La oficina de Correos
acordó comprar un carro,
para llevar los pedidos
que hacen al Bazar Murciano.

IV

Cuando una niña se casa
sin ir al Bazar de Blázquez,
o tiene un gusto muy malo,
o es una cursi muy grande.

V

La murciana que yo quiero
huele a claveles y nudos;
¡como que gasta perfumes
de la Casa de Ricardo!

VI

Un paleta de la huerta,
se llegó al Bazar de Blázquez,
y estuvo embobado un día
viendo los escaparates.

VII

¡Olé los cuerpos preciosos!
¡Olé las caras divinas!
¡Olé las lindas muñecas
que en ese Bazar se miran!

VIII

Para estas Pascuas se esperan
en Murcia los Reyes Magos,
pues no quieren más juguetes
que los del Bazar Murciano.

IX

¡Qué parroquianas, Dios mío,
las que Ricardo se gasta!
¡ni buscadas con linterna
pueden hallarse más guapas!

X

Desde que el Bazar conozco
no dejo en él de pensar,
y hasta si me duermo sueño
con el dichoso Bazar.

XI

De la fama conseguida
está orgulloso Ricardo,
pues en su Bazar es todo
Bueno, Bonito y Barato.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

El repatriado

Terminada la guerra con los moros,
gracias a Jehová
y a la Virgen sin par de la Fuensanta
(que es buena por demás)
y a Primo de Rivera y a Sanjurjo
y al sargento Román
(un murciano simpático y valiente
cual lo sea el que más),
éste jóven ha sido repatriado.
Regresa de Tetuán
(después de haber matado muchos moros
con furia singular),
y al poner el pié en Murcia, lo primero
que se le ocurre al tal
es rezar a la Virgen y una carta
remitir a Pilar,
que es su novia, y que vive en Valdehe-
con su alegre mamá. [cicos
Pero al pueblo no quiere el generoso
repatriado llegar
sin llevarse consigo como grato
recuerdo de la paz,
cuatro cosas (o cien) de las que vende
Ricardo en su Bazar.

Yo no sé lo que a Blázquez en la tienda
el jóven comprará;
mas si a tiempo le llegan mis consejos
y no tiene otro plan,
le diré que a su hermana Genoveva
la compre *Jabón Gal*,

que suaviza la piel... y hasta el carácter
de quien lo llega a usar;
le diré que les lleve a los diez niños
de su hermano Pascual

las pelotas que Blázquez tiene en venta,
porque les gustarán.
Para Petra y su prima Cayetana,
le diré, sin dudar,

que a Ricardo le compre los perfumes
de la *Fábrica Gal*,
pues si nunca las pobres los usaron
(por desidia quizá),
les dará mucho gusto oler a cosas
que no olieron jamás.

Por último aconsejo al repatriado
y espléndido galán
que le compre a su novia chucherías
en larga cantidad:
bibelots, peines, ligas, costureros,
aparatos de luz, pulseras... todo
lo que pueda cargar.

¿Y a su suegra futura?... ¿Qué daría
más gusto a la mamá?
¡Recibir un retrato y cuatro pelos
del dueño del Bazar!

¡Lleve toda la tienda de Ricardo
a su pueblo, Román!
Para el hombre que ha dado tantas car-
¿qué es una carga más?... [gas,

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

La promesa de Bratiano

Como en esto,—siquiera peque de candoroso,—quiere parecerme a aquel pescador que, fiel a su propósito de no engañar a nadie, echaba al agua mondo y lirondo, sin brizna de cebo, el anzuelo, debo declarar y declaro que el Presidente del Consejo de Ministros de Rumania, no me ha honrado con sus amables confidencias: mas sé de buena tinta que cuando el niño rey Miguel, sin embargo de sus seis, mal contados años, se dió cuenta de que habían acido los altos mangoneadores de la Corte y del Gobierno rumanos cargar su cabecita con el peso de la Corona, dijo al inexorable Presidente: —Bien: disponed lo que os parezca, haced de mí lo que creais conveniente, pero ¿verdad que no me privareis de mis juguetes?

Y cuentan que Bratiano, aunque, por las trazas, más parece cardo que rosa alejandrina, se estremeció, e hizo a su infantil majestad, no solo la promesa de que nadie le inquietaría en el tranquilo y pacífico disfrute de sus juguetes, sino que le henchiría las medidas de sus augustos deseos, aumentando su ya copiosa colección, con los que mandaría traer de los lindísimos y sorprendentes que tiene en su Bazar el celebrísimo murciano Ricardo Blázquez.

Si Bratiano ha cumplido o no su sidencial palabra, éste lo sabrá por los dineros que le hayan llegado de Bucarest y que tendrá bien seguros en su repleta caja de caudales...

MIGUEL PEÑAFLO.

La remarca, tema eterno

Este anuario en el que Blázquez recoge, con fines mercantiles, un florilegio artístico; o en que resume, con objetivos literarios, una serie de comerciales aportaciones, va sobreviviendo a sus colaboradores, con una sorprendente permanencia.

Se desprende de él una profunda lección. El hombre es lo más deleznable que produce la Naturaleza. Un bazar, una perfumería, un establecimiento de tejidos, cosas de apariencia frágil y fugitiva, sobreviven a la mejor dotada y más noble vida humana, capaz de crear los ideales más bellos y de producir las necesidades más puras, susceptibles de los más refinados deleites. Y estas modestas actividades, que satisfacen anhelos cotidianos y cumplen una humilde función, tienen consistente permanencia. Lo mediocre es una ley de vida, a la que nada se sustrae; y lo extraordinario es modestamente podado por el hacha monótona de la vulgaridad.

¡Cuántos colaboradores del «Bazar» han caído en la oscura sima desconocida! ¡Cuánto nombre amado se fué para siempre! Ricardo Gil, Baquero, Báguena, Frutos Baeza, por citar solo algunos sólidos valores.

«El Bazar» permanece, y sobrevivirá a Blázquez, y no se extinguirá con él el sagrado fuego de Mercurio, y un lejano día multiseccular, verán en él los felices habitantes de la Babel murciana, gloriosa y opulentamente transformada por una actividad municipal, que guarda hermética el futuro, a un nuevo gnomo mercantil, heredero de Blázquez, a través del misterio de los siglos, que continuará remarcando los objetos destinados a la venta, con un sentido mercantil, vencedor del tiempo y de la Historia.

MARIANO RUIZ-FUNES

La pacencia de Facorro o una suegra enmenená

Carta abierta

Sr. Don Ricardo Blázquez: He escarceado por la prensa de que s'ha arremanecio por tó er cobollo e la güerta, una enfermedad malina c'a los zagaies les entra; le icen la *Anguila Tomasi*, y es una lombrís mu fea c'arma drento de la panza regulliciones y grescas.

Sé que el Dotor Guillamón anda echando conferencias pa estrar a los güertanos de lo remaniente a ella pá que puén resguardarse der micobrio que la ingierta; y como aquí en mi panza naide sabe una jelepa, y yo tengo en la narís que la tié encima mi suegra (porque está ya tan macoca c'ha güerto a la edá primera), voy a hacer aquí un sínótico redatío por mi experiencia der desámen pastelógico qu'he oservao dista la flecha:

Come lo mesmo c'un güitre (sarvando la diferenciencia); por la mañá bien trempano, ice que le déu apriesa un par de güevos cocios y un piazio e monjama seca; a las once un sopcardio; a la una, ya está en la mesa tragando con mucha gomía una sartén d'acergas; por la tarde un cacho obispo, y por la noche, se cena una ensalá de rampetes, dos ceviles y una pera. Güeno; pos con tó y con eso, cá día se pone más seca, con la nués más prenunciá, y un coloreiquio e pajuela, que más que presona humana paece una salamanquesa.

Tié la panza botinchá; ecurriás las caéras

y eresipelao er cocote; y a eso de las doce y media se le pone la narís como un pimientio corneta. (Yo, aquí pa nusotros dos, me feгурó que la vieja suele empinarsa d'ocurtis er pocron, más de la cuenta); totar; que está hecha un mostrario de calamidáes y plepas.

Y como er caso es centífico, y sigún er maestro escuela, reprecute hincia lo písquico el mal de la parte fésica, se l'ha vinagrao el carácter y tié un geniázo de fierá; y a mí m'ha tomao una inquina, un malquerer y una esa, que me llena de emproperios en cuanti m'esfisa cerca, mentres yo tengo c'armarme de razocinio y pacencia, y pensar en mis zagales y en la probe de mi Pepa, pa no hacerme bolsear y habelle un «croché» en las muelas.

Por eso yo he resorvío que ponga osté su enfluencia con ese dotor tan sabio, pa que venga con toa priesa p'aquí, p'al Esparragal, y se traya en la cartera un par de oenas, u más, de lavativas moernas, pa metérselas con tiento por un carrillo cuarquiera; y risurte una de dos: que se ponga der tó güena, ju pegue un esclavégio que se la lleve Pateta!

Su compáere
Facorro Puche.

Por la ditaúra,
F. FRUTOS RODRIGUEZ.

La calle de la Platería

Para el «Bazar Murciano»

No de ahora, sino de antes, cuando se hablaba de reformas de Murcia y de abrir o ensanchar calles, yo era uno de los muchos que sentían los grandes temores al pensar en la suerte que pudiera correr la calle de la Platería.

Sé para mí, como una convicción muy íntima, que los murcianos no verían con muy buenos ojos, que esta calle tan clásica nuestra perdiera su estructura. Las ciudades, junto con sus ambiciones de progreso, tienen su tradición y su psicología secular y es sacrilegio indiscutible ir contra lo que el transcurso del tiempo fué vistiendo con el ropaje de las más conmovedoras evocaciones y los más intensos sentimentalismos.

La calle de la Platería es la representación de la Murcia añeja. La calle estrecha en donde la gente se arrepretuja; esas noches de invierno con los comercios hechos un ascua y en las que el público en ir y venir incesante pasa las horas insensiblemente; las noches de procesión en que la religiosidad de nuestro pueblo se manifiesta prepotente; las mañanas de los días de toros, alegría desbordante, sedas, ojos de mirar inquieto, risas, labios rojos; la noche del Entierro de la Sardina, algarabía, luces de infinitos destellos, músicas, humo, ruido del martillo de la fragua de Vulcano, toques de clarín...

Dejad la calle de la Platería estrecha e irregular; Murcia es esa calle como la de las Serpes es Sevilla y su alma, el barrio de Santa Cruz, de calles empedradas, blancas, y rejas verdes con macetas de flores tempranas. El bello gesto de la ciudad del Guadalquivir manteniendo intangible la estructura de sus calles, cuya ejecutoria figura en las páginas de la historia, es muy digno de no ser olvidado, apesar de que la locura de estos tiempos de insensata renovación haya destruido para siempre la tan clásica Venta de Eritaña.

La calle de la Platería es el recuerdo vivo e imborrable de nuestros tiempos mozos. Yo para estas cosas de Murcia soy muy murciano y no sufro los desvarios tan contagiosos de esos que conciben los proyectos monumentales situándose en el extranjero para pensar en nuestra capital.

Es preciso que exista por siempre esta arteria trazada en el corazón mismo de Murcia y que en ella Ricardo Blázquez, este «compañero» tan fraternal, haga prosperar su «Bazar Murciano» en que cuando niños buscábamos en los muñecos nuestro juguete y después nos convertimos en muñecos de aquellos juguetes.

La calle de la Platería es consustancial con el «Bazar Murciano». Hay que respetar el feudo de Ricardo Blázquez.

CÉSAR M. CALDERÓN.

Agosto, 1927

El beato Ibernón

I

El frailecico motilón camina, trise y sediento, con andar cansino; a los efuivios del amor divino su frente pensativa se ilumina.

—Es un palor de luna levantina; un auroral reflejo nacarino; láctea fluidez de mármol venusino; nitida albura de ánfora marina...

Para calmar su sed el penitente se inclina en los cristales de una fuente, y al contemplar su palidez de cera,

¿iré a morir?, exclama emocionado... ¡y en su angélica faz de iluminado florece una sonrisa placentera!

II

Y sonriendo sigue presuroso la senda de su celda de Gandía; en oración y ayuno pasó el día curándole las llagas a un leproso.

Acucia el hambre al dulce religioso, cuando llega al umbral de la Abadía, donde una mano monacal y pia le da un trozo de pan, tierno y sabroso.

—«Es mucho para mí»
—«Con el que os sobre, podréis, hermano, socorrer a un pobre».

«¡Jamás, jamás!», el místico profiere, «Nuestra regla abomina la riqueza, y si algo puedo dar, ya mi pobreza no será la mayor... ¡como Dios quiere!»

III

En un pinar del campo jumillano, observa a un joven con la faz turbada, enloquecida y turbia la mirada, con un cordel en la nerviosa mano...

El desgraciado ahorcándose inhuquiere acabar su vida disipada. ¡mano, «¡Ese árbol no es seguro!» —acongojada, clama la voz del dulce franciscano.

«Ven conmigo y verás un árbol fuerte, y en él, si quieres, te darás la muerte.» Luego lo lleva a su oratorio el santo,

y le dice, al mostrarle el crucifijo: «¡De ese árbol solo has de cogarte, hijo, con los puros cordeles de tu llanto!»

IV

Apoyado en su báculo de caña, ya anciano y consumido el eremita va a orar todas las tardes a la ermita de San Juan, que corona la montaña.

Su vigorosa fortaleza extraña a los Hermanos, mieatras él medita en el poder de Dios, y en la infinita bondad con que le inspira y le acompaña.

La grata sombra de un pinar frondoso brinda al viejo romero almo reposo, y fresco ambiente un líquido remanso...

Mas él murmura, atravesando ortigas: «¡Es preciso vivir entre fatigas, que tiempo habrá después... para el [descanso]!»

MIGUEL PELAYO.

Convento de San José, de Elche.

La vida es un juguete

La vida es un juguete azaroso. El afán de vivir, va agotando la vida. Y al llegar, en el juego suicida, el momento final, por una paradoja de índole sentimental, triunfa el que pierde, y pierden los que lo amaron más.

Blázquez es como un dios olímpico, dictatorial. De su pequeño mundo —espléndido Bazar— van saliendo millares de juguetes, y van rompiéndose en las manos de los niños. La paz del juguete es romperse y oír al niño llorar.

ENRIQUE SORIANO.

10-Agosto-1927

EL ENIGMA

En un monte escarpado, sobre las rocas, se columbra el castillo, feudal en ruinas, que evoca los recuerdos de las divinas princesitas románticas de lindas bocas.

Ya no alternan clarines en sus cantares de bélica epopeya que el mundo admira, con los sonos sublimes de tanta lira, pulsadas gentilmente por los juglares.

La mole de granito reposa en calma, y es el más solitario de los parajes ese pétreo castillo —piedra de encajes— que fué en la edad pasada solaz del alma.

Es lugar de misterios, de encantadores, de tragos y de duendes horripilantes creados por el numen del gran Cervantes en el áureo QUIJOTE de mis amores.

En la noche callada, por los oscuros ventanales siniestros, corren las luces, y pasa el caminante haciendo cruces y huyendo de los hoscos, sombríos muros.

¿Qué misterio profundo guarda encerrado ese altivo castillo que fué en un día cuna de las hazañas de la hidalgúa, como las epopeyas de lo pasado?

¿Qué arcano vive bajo sus torreones que a descifrar la mente, sagaz, no alcanza y que, cuando la noche medrosa avanza también medrosos tiemblan los corazones?

El poeta sus alas espirituales despliega sobre el cielo nocturno y frío; atraviesa los campos, traspasa el río, que canta eternamente sus madrigales, y penetra en los amplios y berroqueños sótanos del castillo feudal en ruinas, con la pompa solemne que las ondinas penetran en el Reino de sus ensueños.

Y, cuando entre inquietudes la mente espera encontrar en las frías grutas de averno frío, temblor y sombras, como en invierno, ante sus ojos surge la Primavera:

Luces, calor y vida, gnomos de oro que en talleres olímpicos forjan enseres, y un gigante en el centro de los talleres guardando el imponente rico tesoro.

Y este es el gran enigma, el hondo arcano que descubrió una noche la fantasía. ¡Allí fabrica Blázquez la mercancía que vende en su famoso Bazar Murciano!

JESÚS CARRILLO DEL VALLE.

Cartagena.

Los muñecos de Ricardo

—Pero, gha visto V, nos decía en una ocasión, uno de los numerosos clientes del «Bazar Murciano», a qué extremo de perfección ha llegado la fabricación de muñecos? Hablan, andan, se columpian, y hasta parece que en sus muecas artificioosamente combinadas, se burlan de nosotros.

—Así es; le contesté: El ingenio del artifice ha encontrado ancho campo, donde lucir su habilidosa inventiva.

—No son solamente entretenimiento de chicos: los mayores participamos también de la admiración que producen y, por lo mismo que sabemos apreciar mejor sus maravillas, se despierta en nosotros mas vivo el deseo de adquirirlos.

—¡Ya sabe Ricardo lo que hace! Como al descuido los coloca donde más pueden llamar la atención del cliente.

—¡Y si éste por casualidad no se fija, se encarga él, con el pretexto de alabar la ingeniosidad del fabricante, de que luzcan ante usted, sobre todo si viene acompañado de su familia, todas sus habilidades.

—En cuyo caso, le replicamos, habrá que admirar por duplicado la del juguete y la del dueño del «Bazar».

—¡Se da una maña! Para él es cuestión de honor que no salga un cliente de su casa sin algo de lo mucho que tiene expuesto en los escaparates del establecimiento.

—Lo original del caso es que casi siempre se sale con la suya...

—Quite usted el «casi» y déjelo en afirmación seca y rotunda: en el dueño del «Bazar» «querer es poder» y como siempre quiere...

—No hay fuerza humana que se resista ¿No es eso?

—Eso es: pero esta cualidad suya no hay que mirarla solo en el aspecto comercial: en el gran almacén de la vida tiene guardadas otras muchas originalidades, cuyos secretos resortes él solo posee. ¿Ha visto que si pide algo se lo nieguen?

—Habla usted a un convencido: Sin ir mas lejos, yo no tenía este año el propósito de escribir y, es más, tenía el propósito decidido de lo contrario; y aquí me tiene usted emborronando cuartillas.

—Lo cual le demostrará a usted.....

—No siga, comprendido: Con razón decía usted que los muñecos de Ricardo hablan, andan y se columpian...

NICOLAS ORTEGA

Las ultracivilizadas

O rinovarse o morire

(Escena en «El Bazar»)

Las dos niñas—mas mujeres que niñas—se detuvieron risueñas ante el cristal de una vitrina, y desde la penumbra de la trastienda, Ricardo Blázquez y yo, turbados por la aparición, miramos glotonamente, acuciados por irresistible curiosidad.

La pareja la formaban dos hermanitas de tipos parisinos y agranujados, muy conocidas en la buena sociedad murciana. El indumento de aquellos dos talluditos efebos era de un modernismo ultracivilizado.

Las mirábamos pasar y reparar ante el umbral del Bazar, yendo del uno al otro escaparate, con los brazos al aire, torneados y blancos, completamente desnudos; las faldas por la rodilla; el cabello oxigenado cortado a la garçon y los pescuezos rapados. Los vestidos originales y pintorescos, eran extremadamente cortos, de una pequeñez infantil; anchitos por abajo, casi de *ecuyere*; de telas claras, con grandes flores estampadas.

Desde aquel rincón de la trastienda, en el misterio de la media luz del atardecer, veíamos las gesticulaciones con sus brazos serpentinos y ondulantes, y observábamos sus risas: aquellas risas que encogían y dilataban las monisimas líneas curvadas de los labios, pintados, de un rojo fresa.

Nuestro éxtasis se interrumpió casi apesar nuestro, por un diálogo a media voz:

Ricardo: Estos no son nuestros tiempos, amigo Enrique; el tipo femenino de

nuestros sueños juveniles se fué para no volver.

Yo: Es verdad, Ricardo; aquello está lejos...

Ricardo: Muy lejos: mi primera novia llevaba *polisson*...

Yo: Y la última de las mías, falda *entravée*.

Ricardo: ¡Infernales modas! Esos brazos desnudos piden a gritos que los cubran con un encaje, ¿verdad...?

Yo: O que se los coloquen a la Venus de Milo, que buena falta le hacen...

Ricardo: ¿Qué me dice usted de esas lindas cabezas rapadas, de efebos romanos?

Yo: Están clamando por retorcidos moños a la griega...

Ricardo: ¡Santo cielo...! ¿Y esas largas piernas enfundadas en medias tersas y finas, casi transparentes...?

Yo: Baquero, en el soneto «Tentación» dióse en una Iglesia un tremendo golpe de pecho, al descubrir de improviso la media carmesí de una bella... En estos tiempos viviría en un perpetuo golpear.

En este sentido, avivadas por santa indignación continuaron nuestras diatribas y ya hablábamos del Charleston, del Jazz band y de otras señales de los tiempos, cuando de repente las dos niñas irrumpieron alegremente en el interior de la tienda.

Ricardo se apresuró a dar luz. Yo, un poco encogido, me disimulé en un ángulo. Fué un deslumbramiento. Un raudal de luz eléctrica iluminó espléndidamente la parejita de ultracivilizadas.

Miré y remiré... *Aquello* estaba bien... Era una realidad llena de gracia, nimba de deseos... Era una señal de los nuevos tiempos. Era lo fresco, lo apetitoso, lo despreocupado, lo original... Y nosotros, Ricardo y yo, el romanticismo trasnochado, el idealismo empolvado, lo desvaído, lo que se hundió en el pasado...

—Es verdad, ¡oh Ricardo!—dije entre dientes: *O rinovarse o morire*. No hay escape...

ENRIQUE MARTÍ

Flores marchitas

Dónde habrán ido las flores del triste jardín de mi alma, que tus amores sembraron cuando a vivir empezabas...?

Dónde están las ilusiones que mi pecho acariciaba, impregnadas del aroma de la pasión más sagrada...?

Dónde fueron los momentos, aquellas horas tan plácidas, donde Amor decía, «te quiero» y la Fé decía, «esperanza»...?

Dónde han ido las promesas que tus labios pronunciaban...?

Dónde el deseo tan ardiente, dando fuerza a la constancia...?

Dónde han ido los amores prometidos, dulce amada...? A estrellarse en el abismo donde lo falso se guarda...?

A morir como inocente pajarillo sin las alas...? Todo en este mundo tiene algo que dolor nos causa; una copla que nos hiere, una ilusión que se marcha; y un recuerdo que en la mente de tal forma se nos graba, que causa nuestro martirio, que nuestros pesares labra, al ver que una mujer ríe de un hombre que vierte lágrimas...!

Mas yo te sigo queriendo, aunque con desdén me tratas, por ese amor tan sentido que por tí nació en mi alma, y tan solo me pregunto en mis horas de nostalgias:

Dónde han ido los amores prometidos, dulce amada...?

CECILIO RECALDE

Madrid

DIA DE TOROS

Amanece el nuevo día que alumbró un sol español; reina en Murcia la alegría, y el gozo y la algarabía y el esplendoroso sol.

El pueblo invadido está por gente desconocida que ora viene y ora vá con ansia esperando la hora de ir a la corrida.

Porque si bien ha de haber en la presente jornada múltiple fiesta que ver,

para el pecho enardecer, como los toros no hay nada.

¡Los toros! Fiesta española que a ninguna en bulla cede, porque para el caso es sola, y en que a la fiera se inmoia del modo que el diestro puede.

Fiesta en que el púbico fallo oye la gente torera sin poder alzar el gallo, y en la que se ve al caballo con el mondongo de fuera.

Fiesta que según infiero, ensancha los corazones del burgués y del obrero, y a aquel que está sin dinero le hace empeñar los colechones.

Fiesta a la cual la mujer de cualquier parte de mapa, desde Escocia hasta Aljucer, presta brillo por doquier, cuando la mujer es guapa,

Fiesta por quien pierde el tino tanto el sujeto formal como el punto filipino; fiesta derroche de vino y, en fin, fiesta nacional:

Yo ante tu atracción, de hinojos también me rindo sin tretas, y aunque ello me cause enojos te presentarán mis ojos... si me gasto unas pesetas.

JULIO HERNÁNDEZ.

IN MEMORIAM

El Bazar Murciano que con sus colaboradores tiene contraída una cuantiosa deuda de gratitud, rinde, cuando la inexorable ley de la vida arrebató a alguno de sus colaboradores, con el obligado testimonio de pésame a los suyos, el homenaje de una sentida plegaria.

De una baja dolorosa, en el cuadro de su colaboración asidua, tiene que hacer mención en este año: del ingenioso y siempre inspirado poeta don José Rodao, que tantas y tan agradables emociones hizo sentir a nuestros lectores.

Comenzó su colaboración el año 1911 y como testimonio a su buena memoria, a continuación publicamos la primera composición suya que apareció en este periódico:

Para «El Bazar Murciano»

RETAZO

Hace años, un ciudadano llamado Andrés, se compró un magnífico reló de los del Bazar Murciano.

Y es rara casualidad que transcurra un solo mes sin que su reloj, Andrés, lleve al monte de piedad.

Es un cilindro precioso; le empeña en ocho o diez duros, y sale de sus apuros Andrés y vive dichoso.

Pero a decir no se aviene que es cilindro, aunque él lo sabe, pues siempre tenaz y grave que es un áncora sostiene.

Y no lo falta razón, al afirmar eso, a Andrés. ¡Quién duda que para él es áncora... de salvación!

JOSÉ RODOO

Sirvan estas líneas de sentido recuerdo. ¡Descanse en paz!

Un deber también de sincero afecto me obliga a dedicar unas líneas al que fué regente de los talleres de «El Tiempo», D. Blas Franco.

Hombre laborioso, de honradez intachable, prestó a *El Bazar Murciano* el concurso de su colaboración material, y lo que fué más de agradecer; su interés noble y generoso, como si se tratase de empresa propia.

¡Que Dios le haya concedido el premio a que le hizo acreedor su reconocida bondad!

Elogio de las muñecas

Una muñeca, siempre es algo singular para la inquieta alma femenina que fija en la muñeca su ideal.

Ya rubias o morenas, de china o de cartón la linda faz, las muñecas son siempre el embeleso del corazón en la infinidad.

Una muñeca, tiene la gracia excepcional de ahogar el llanto desatado y loco de cualquier pequeñuela «enrabieta», y sabe producir en esas niñas la aguda palidez sentimental, dulces placeres de alegrías hondas que inician la ansiedad de un amor exquisito y misterioso que hace al alma temblar...

La muñeca es el cielo de la felicidad; el juguete más puro y la lumbré más viva del afán, la más rica quimera de la infancia y de la adolescencia, realidad que florece en ensueños, encendidos de anhelo maternal...

Para niñas y púberes son siempre las muñecas, el pan que alimenta el espíritu fragante de su vida de paz.

Y para las mujeres asomadas a la vida real, que esperan un amor que las conduzca al serio batallar, la muñeca es el último juguete, el que adoran más hasta el instante mismo de las nupcias en que la femenil sutileza dejó el amor de la muñeca fría y acarició otro amor en su soñar.

Lindas muñecas que en el mundo sois del alma femenina lo esencial; ilusión luminosa de pequeñas y de mujeres hechas, suspirar. Dicha la vuestra, muñequitas frágiles como leves juguetes de cristal, que encerrais el tesoro de la felicidad.

de esa grey infantil y gritadora que pone en poseeros su anhelar. Venturoso placer de vuestra vida bella y loca y fugaz en las traviesas manos de la infinidad.

Y dichosa también vuestra existencia en los escaparates del Bazar, amadas dulcemente por tantos corazones, con afán.

Feliz y codiciado vuestro vivir de paz sobre el cojín de raso, primoroso, del mueble de un hogar donde una mano de mujer amante, en recuerdo de goees de otra edad, cuida de vuestras ropas y cabellos como de otra hija más...

¡Dichosa, sí, muñecas, vuestra vida que nace del ensueño del Bazar!..

LEOPOLDO AYUSO.

HASTA OTRO AÑO

Ya estoy presintiendo la frase sacramental de D. Ricardo:

—¿Dónde está el Aprendiz? ¡Decidle que hay que cerrar!

¡Cualquiera creerá que la frase de «cerrar» suena bien en los oídos del Aprendiz!

«Cerrar»; es decir la hora en que se da de mano al trabajo diario, y que inicia las horas de descanso, del paseo, de visita a la reja, o de cualquier otra placidez física o moral.

—¡Sí, sí! es la hora de «cerrar», para el periódico; es decir, de poner fin a la labor de todo un año, del dueño del Bazar Murciano, que es hombre afable, tolerante y servicial; pero que cuando las cosas no salen, sobre todo en el periódico, con la celeridad y justicia que él desea, se vuelve hosco, intolerante y autoritario.

—Este año—me dice—hay que darle a los autos que son de marca alemana y francesa, jabón, mucho jabón.

—¿Se lo doy de «Heno de Pravia» o de «Flores de Talavera»?

Tengo que escapar por pies, porque el chiste no ha sido de su agrado y al salir huyendo me he dejado la puerta abierta.

Perdón, otro año cerraré

EL APRENDIZ.

Tip. de EL TIEMPO.—Murcia.